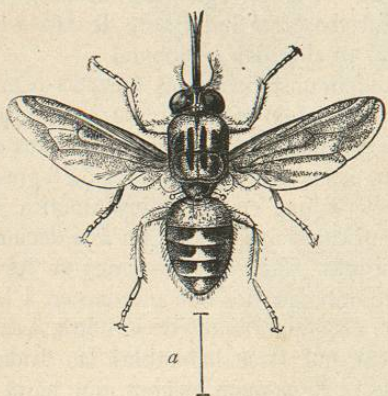


damente antiguo que, en estrechos límites, se reproduce en Europa y en Asia. En cuanto al tamaño de los animales, África es el país más rico del mundo en mamíferos, y teniendo en cuenta que de esta familia salen los principales animales domésticos, parece que las condiciones para que los pueblos allí habitantes se los proporcionaran, deberían ser extraordinariamente favorables; sin embargo, la mayor parte de animales domésticos que en África encontramos es de origen extranjero.

Los africanos crían bueyes, ovejas, cabras, cerdos, camellos, caballos, gallinas, perros y gatos. Uno de los caracteres de la provincia zoológica etíope (bajo cuya denominación comprenden los geógrafos-zoólogos la parte de África y de Arabia que está situada al Sud del trópico de Cáncer, junto con Madagascar y las Maskarenas) es la falta absoluta de bueyes, cerdos, cabras, ovejas, camellos y demás afines en estado salvaje, observándose fácilmente que la naturaleza no ha creado en esta región los seres destinados a ser compañeros más fieles y útiles al hombre. De todos nuestros animales domésticos, únicamente el asno tiene un origen africano bastante marcado, no siendo tampoco inverosímil que ciertas razas de perros descendan del chacal.



La mosca zezé (*Glossina morsitans*). - La línea *a* representa su verdadero tamaño

Más desfavorable para el África resulta todavía la proporción, si recordamos el hecho, de que se tienen hoy tan pocos datos, de la domadura del elefante africano, pues todas cuantas tentativas se han hecho para emplear este útil coloso en cultivar esta parte de la tierra han terido que ser abandonadas, habiéndose sólo podido aplicar a este objeto los elefantes asiáticos. Livingstone, con el mismo amor con que ha apreciado al hombre de África y ha procurado rehabilitarle de las injurias que otros menos compasivos y quizás también menos justos han vertido, trató de probar que las cualidades del elefante africano eran desconocidas y con poco interés estudiadas, y él y otros se han esforzado en demostrar que en la antigüedad el elefante de África había sido tan bien domado como el de la India. Por lo que hace a esto último, no está todavía puesto fuera de duda si Aníbal, al pasar los Alpes, llevaba elefantes africanos ó indios, pero es probable que el elefante africano nunca ha sido domado, y es indudable para todos los modernos observadores que su natural salvaje hace, por lo menos, difícil que pueda serlo. De suerte, que de todos los animales domésticos quedan sólo el asno y el perro cuyo origen africano es muy posible, el gato doméstico, realmente indígena en África, la gallina perla (la gallina húmeda de los antiguos) y la abeja. No cabe tampoco la menor duda de que del gran número de ruminantes de la especie de los antílopes hubieran podido sacarse algunos compañe-

ros y servidores del hombre, pues muchos de ellos han sido aisladamente domesticados en el Sud de África; pero en este sentido no se ha hecho ninguna tentativa que produjera notables resultados. En cambio se ha emprendido recientemente con gran éxito la domadura del avestruz.

No se limita a esto la utilidad que la fauna africana ofrece al hombre, pues hemos intentado simplemente la valoración de su «provecho civilizador», valoración que no ha podido ser muy notable en un país tan poco ó nada civilizado como es el África. Nos referimos a la utilidad que las poblaciones de este grado de cultura reportan y deben reportar de la caza. Ninguna tribu de toda esta parte de la tierra, excepción hecha quizás de los bajo egipcios, está tan exclusivamente dedicada a la agricultura ó a la ganadería que no tenga que procurarse por medio de la caza una buena parte de su alimentación, y además de esto, encontramos diseminados por toda el África pueblos exclusivamente cazadores. Un cazador de profesión, que es una autoridad en estas materias, Chapman, opina que diez buenos tiradores, provistos de fusiles, pueden proporcionar el sustento a un ejército de mil hombres en cualquier parte de África en donde no sea común el uso de las armas de fuego; y además, recientemente, un perfecto conocedor del África central meridional, E. Holub, nos asegura que desde las fronteras de la colonia del Cabo, hacia el Norte, hasta el Nilo, un buen cazador puede proporcionar diariamente carne fresca a toda una caravana. En los territorios en que son usuales las armas de fuego, los venaderos han disminuído naturalmente, pero no tanto que la caza no pueda producir buenos resultados a los indígenas, que no viven aglomerados como los europeos. Los mamíferos gigantes han sido los más perseguidos, hasta el punto de que en algunos territorios han quedado casi exterminados los elefantes, los rinocerontes, las jirafas, algunos grandes antílopes y los mayores animales rapaces. También los avestruces han sido muy diezmados. En cambio el hipopótamo abunda aún en las comarcas habitadas, como por ejemplo en la cuenca del lago Tsad. Únicamente una gran parte del África occidental y de la central es por naturaleza pobre en animales. Dos particularidades de los africanos son dignas de notarse en este capítulo: primera, que una gran parte de ellos, gracias a una supersticiosa repulsión a comer pescado, no aprovecha en absoluto, ó utiliza en muy poca escala, la riqueza de peces que ofrecen sus lagos y sus ríos; y segunda, que no hay ningún pueblo tan indolente y temeroso de explotar la alimentación marítima como el africano, aun la parte que habita las costas, abundantísimas en peces y mariscos. Estas dos reglas tienen, como todas, sus excepciones, que no dejan de ser muy importantes; mas, por lo general, ellas son las que prevalecen y las que influyen naturalmente en la vida, actividad y bienestar de esos hombres.

El África, por otra parte, posee un gran número de fieras y de otros animales dañinos, que causan en las vidas de los hombres destrozos de los que no poseemos una estadística como la que se forma en la India. Pero los males que causan están probados por numerosos testimonios: Livingstone encontró en las cercanías del lago Bemba muchas aldeas completamente abandonadas a causa del incremento que en aquel territorio habían tomado las fieras: según se desprende de las memorias de Chapman, después de las guerras de Matabele los leones y los leopardos se habían de tal suerte acostumbrado a la carne humana, que en el Zambézé central se hicieron mucho más peligrosos que antes, y en las aldeas hubieron de tomarse medidas de precaución, en las que anteriormente nadie había pensado.

Los elefantes, los rinocerontes y los hipopótamos, que devastan los campos, abundan allí y tienen más fuerza que en ninguna parte. El búfalo cafre es quizá de todos los ruminantes el más peligroso para el hombre. Los cocodrilos abundan en todas las corrientes, desde el Nilo hasta el Orange; por el contrario, puede afirmarse que el África tiene menos serpientes venenosas que cualquier otro país cálido. En cambio ofrece una variedad extraordinaria de insectos dañinos de las familias de los dípteros y de los ortópteros. La mosca zezé (véase el grabado de la pág. 66), cuya picadura es mortal para los caballos y los bueyes, hace imposible la existencia de estos animales en muchas comarcas del Sud y del centro de África, y ejerce más influencia que ningún otro animal, incluso las fieras, en las emigraciones de los blancos del Sud de África. Por causa de sus animales de tiro, que sucumben a la picadura de esta mosca, los boers sólo pueden recorrer los territorios que se ven libres de este insecto, y se abstienen, por ende, de pasar el trópico. Igual obstáculo se opone al paso de

otros pueblos ganaderos. Por otra parte, las larvas de algunos dípteros son utilizadas como alimento por los pueblos que habitan en territorios de escasa fauna: ningún pueblo descende tanto como el africano a buscar variaciones del alimento en los animales de clase más baja. Con razón dice Moffat que «el africano nada desperdicia.» La plaga espantosa de ortópteros que devastó toda esta parte de la tierra tiene también su lado útil, al decir del mismo observador: «Desde el punto de vista de los pobres, hemos de estar agradecidos a esta devastación, pues destruídos por la pasada guerra numerosos ganados y asoladas extensas huertas, muchos centenares de familias, sin estos insectos, hubieran perecido de hambre.»

En tesis general, puede decirse que la fauna africana, pesadas sus ventajas y sus perjuicios, podía influir más bien favorablemente que desfavorablemente en el desarrollo de la civilización de los habitantes del África, y que de ella no se ha sacado, ni con mucho, todo el provecho que se puede obtener.

EL PUEBLO

«El gran continente africano contenía en su origen una población uniforme que, en lo esencial, no tenía más que un solo tipo de raza: lo propio acontece hoy en su mayor parte.»

R. LEPSIUS

Fundamentos de la pobreza de razas relativa del África. - Los africanos negros y los blancos. - Propagación de los idiomas africanos. - ¿Existen en África autóctonos? - Situación de los africanos dentro del desarrollo de la civilización de la humanidad. - Contraste entre la civilización del interior y la de las costas. - Carácter de la cultura de África.

El estudio de la población de África, en conjunto, parte generalmente del principio de que esta porción de la tierra está habitada por dos ó tres razas distintas, de tal suerte, que la parte Norte corresponde a los caucásicos, a los cuales siguen, desde el borde meridional del Sahara, los etíopes ó negros; supónese luego, ó que éstos habitan el resto del África hasta el extremo meridional, incluso una porción del Madagascar, ó que hay dentro de ellos mismos una raza especial sud-africana que comprende a los hotentotes y bosquimanos, desde los amarillos a los rojos, que a su vez se extienden desde el extremo Sud hasta las comarcas del lago Ngami. Creemos que hay razones poderosísimas para opinar que este camino en el estudio y apreciación de los pueblos africanos no es el verdadero, y suplicamos al lector que se haga cargo de los motivos por los cuales seguimos nosotros una senda enteramente opuesta, que supone la unidad de la inmensa mayoría de los pueblos de esta parte del globo, y que, partiendo de esta unidad, aprecia las diferencias como simples matices.

La ojeada que sobre los pueblos naturales del África hemos echado, nos demuestra que en este país no existen aquellas fronteras, por la naturaleza marcadas, que pueden impedir en absoluto la emigración de los pueblos de una región a otra, dentro de una misma parte de la tierra. Los desiertos, que son los que más pueden tener una influencia especial en este sentido, sólo la tienen aquí en grado muy limitado, pues por una parte las emigraciones pueden salvarlos por medio de rodeos, y por otra constituyen precisamente lugares de refugio para los individuos de los pueblos que alrededor de ellos viven, ó que, avanzando sobre sus límites, han conseguido traspasarlos. Por esta razón su población escasa ofrece un aspecto abigarrado, como puede

verse por ejemplo en el Kalahari. A pesar del Sahara, los negros constituyen un importante elemento de combinación de toda la población del Norte de África, y desempeñan, tanto como su escasa densidad lo permite, en largos espacios de tiempo un papel más bien intermedio que separatista en la propagación de las razas ó de grandes grupos de pueblos sobre la tierra. El sistema de cordilleras y de ríos de África no es muy a propósito para oponer grandes obstáculos a la difusión de los pueblos. Por lo que hace a los ríos, veremos que su influencia, más bien que a separar, tiende a unir y a mediar.

Queda, pues, únicamente como circunstancia poderosa para la separación, la índole misma de los pueblos, que los retiene en los puntos de residencia por ellos escogidos; pero las poblaciones africanas sólo han dado un ejemplo, el de Egipto, de haber alcanzado aquel grado de cultura en cuya esencia tan poderosamente influye la larga permanencia en unos mismos lugares. Todos los demás pueblos africanos, según se desprende de su historia y de su estado actual, vienen comprendidos dentro de la denominación de naturales ó semi-cultos, lo cual, para el conocedor de la vida de los pueblos, no significa otra cosa sino que son inconsistentes en todo, especialmente en sus residencias, y se hallan, por ende, expuestos en gran manera a la confusión, a la desaparición ó a una modificación transformadora. Las páginas de nuestro libro probarán este aserto, y confirmarán la definición de pueblos naturales que designa a éstos como faltos de continuidad.

La mutabilidad de residencias es el carácter distintivo de casi todos los pueblos del Norte de África, del Sudán y del África oriental y meridional. Ora se tome este hecho en el sentido lato de nomadismo, tal como puede aplicarse a

las tribus árabes norte-africanas, á las cuales vemos aparecer como factores históricos, en una misma generación, en la Tripolitana, en Fessán y en Bornu; ora se interprete en el sentido estricto, que cabe aplicar á los wahumas de Uganda, que van de pasto en pasto recorriendo las tierras cubiertas de hierba de la meseta de los lagos fuentes del Nilo; ora se acepte una acepción más restringida todavía, como la que comprende á los mismos beshuanos agricultores, que con frecuencia cambian el emplazamiento de sus aldeas, siempre veremos que la inestabilidad es el rasgo en esos pueblos dominante. Quien quisiera trazar los hechos fundamentales de la historia de África, debería comenzar por sentar de antemano que, así como el carácter de la historia europea estriba en el tranquilo desenvolvimiento de civilizaciones limitadas é influidas por circunstancias locales, en África casi todos los acontecimientos históricos de importancia se han desarrollado con motivo de grandes cambios de lugares de residencia, cambios que empujan y desalojan de su sitio á los pueblos y varían los puntos en que éstos residen, dejando abandonadas en sus antiguos campos las nociones esenciales de la cultura. En otros términos: en Europa, el movimiento histórico es principalmente interno; en África es únicamente externo, pudiendo aplicarse á todo el mundo africano lo que dice Burton en su *Dahomy*: «Si se reunieran y compararan todas las relaciones de los viajeros que han explorado las más remotas comarcas del continente, sería posible encontrar ciertas afinidades íntimas entre pueblos hoy en día completamente desconocidos unos de otros.» Y sin embargo, de todos los pueblos casi incivilizados, el África es la región que más puede llamarse agrícola y sedentaria, pero esta sedentariedad encuéntrase limitada por el grado de inferioridad en que se halla la civilización en conjunto.

Dadas estas circunstancias, sólo podemos esperar encontrar razas marcadamente distintas en aquellos puntos de esta parte de la tierra á los cuales emigraron y en los cuales se establecieron pueblos extranjeros. En efecto, á pesar de las muchas tentativas que se han hecho para descubrir entre los verdaderos africanos profundas diferencias, que serían por otra parte muy cómodas, éstas no han podido ser encontradas, antes por el contrario, todos aquellos que sin prevención alguna se han ocupado en esta cuestión, han llegado á los mismos resultados que con tanta claridad ha explicado R. Hartmann en los siguientes términos: «Apenas me encontré en el suelo africano, adquirí el convencimiento de que en éste, las ideas de caucásicos, etíopes, semitas y hamitas están tan destituidas de fundamento como las de arios, indo-europeos y turanos; y observé que la investigación etnológica para el esclarecimiento de las intrincadas relaciones de los pueblos del Norte de África había de buscar otros derroteros que los hasta ahora comúnmente seguidos, según los cuales aparecían antagonismos de raza profundamente marcados, y había que desear denominaciones colectivas anticuadas.»

Esto no quiere, sin embargo, decir que toda el África, de un extremo á otro, esté poblada indistintamente por una masa humana uniforme, antes significa que no ha de atenderse exclusivamente á los elementos separadores, como hasta ahora se ha venido haciendo. Tales como aparecen los hechos, se deben ante todo exponer los puntos comunes, que indudablemente existen, y después mostrar los matices que pequeñas y múltiples diferencias establecen en este cuadro general. Por esto dividimos nuestro trabajo de tal suerte que primero demostramos, por vía de introducción, las grandes afinidades de la humanidad africana, para venir luego á manifestar, en las siguientes descripciones parciales,

cómo y por qué los pueblos se presentan aquí y allí con diferencias especiales. Este sistema es, á nuestro modo de ver, tan conforme con la naturaleza de las cosas, como conveniente para la mejor inteligencia de las mismas.

El núcleo de la población de África tiene un carácter etiópico: piel morena oscura, cabellos lanosos, gruesos labios y tendencia á un gran desarrollo de las partes faciales y mandíbulas. El África, al Sud del gran desierto, pertenece á esta clase de pueblos en lo que la historia alcanza, siendo probable que estuvieran antiguamente más extendidos que hoy en el desierto mismo. En el extremo meridional del África vive una variedad en la cual se observa una piel más clara, casi amarilla, y un crecimiento exiguo; esta variedad, que en aquel territorio aparece agrupada, la encontramos también en el interior del continente africano, aunque diseminada en pequeños grupos. El país del Norte, allende el gran desierto, está habitado por hombres de un color generalmente más claro, ora rojizo como los egipcios, ora amarillento como los árabes, de suerte que comparados con ellos los africanos centrales pueden, con razón, ser llamados «negros:» sus cabellos son más bien rizados que lanosos y las partes faciales y las mandíbulas de sus cráneos no aparecen tan desarrolladas.

Alguno de éstos, como por ejemplo, las kábilas de las montañas argelinas, tienen más puntos de semejanza con los europeos del Sud que con sus vecinos africanos. A pesar de esto sus rasgos característicos no son opuestos á los etiípicos, sino que producen la impresión de separarse de éstos más bien á consecuencia de mezclas y de sutilizaciones.

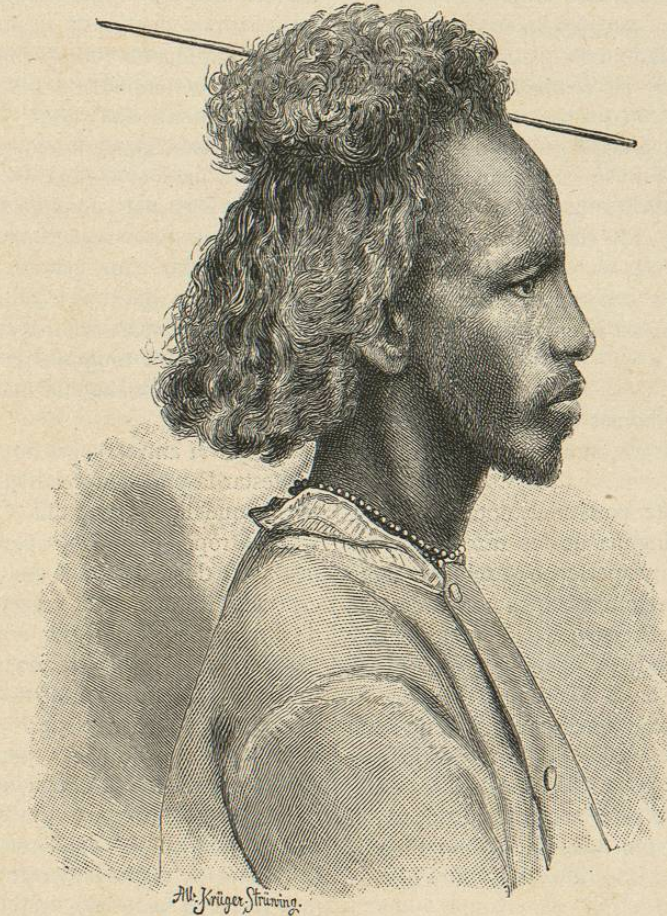
Que esta opinión no es impropia demuéstralo la historia de los pueblos de África diciéndonos que, desde los tiempos más remotos, existió una continua corriente en virtud de la cual los hombres de oscuro color del interior de África eran llevados á los territorios de las tribus más blancas del Norte, á causa especialmente del comercio de esclavos. En este sentido, podemos, con G. Fritsch, designar los países de allende el gran desierto del Norte, es decir el Sudán, como aquellos que deben servir de punto de partida para el estudio general de la etnografía del África: constituyen los miembros intermediarios entre el África «oscura» y el África «clara», que procuran formar un solo todo con las partes aparentemente separadas. Desde los más remotos tiempos históricos existieron negros en Egipto y en las costas septentrionales del África: con Aníbal atravesaron los Alpes y con Mac-Mahón fueron derrotados en Wörth. Sea cual fuere la naturaleza originaria de esta población, no podemos considerarla de otra manera que mezclada con un elemento marcadamente etiópico, y si se quiere describir en pocas palabras su principal carácter antropológico, no hay más que recordar á los mulatos, mestizos de negros y blancos, no faltando antropólogos que designan simplemente como mulata toda la población semítica ó hamítica de África.

Y si bien hay otros que quieren designar á los egipcios como raza especial, recordaremos el parecer de un observador como Darwin, quien, en su *Origen del hombre*, refiere que cuando, acompañado de dos especialistas, vió en el museo Británico la estatua de Amunoph III, convino con ellos en que los rasgos fisonómicos de este Faraón revestían una forma marcadamente negra. Pero no es únicamente la sangre oscura la que se introduce en los dominios de la clara, sino que ésta invade también los de aquella, de lo cual resulta, en toda el África norte-ecuatorial, un tipo más bien mestizo que negro puro.

En el seno de la población africana de color oscuro hay

un gran número de tribus cuya fisonomía se acerca á las formas nobles de las del blanco, por la mayor finura de sus labios, por su nariz menos chata y por la mayor proporción entre la frente y las mandíbulas, á pesar de lo cual su piel es tan oscura y muchas veces más que la de los negros. Esto demuestra que no existe relación alguna necesaria entre el color de la piel, que algunos consideran de tan capital importancia, y los demás rasgos del cuerpo: así lo prueban también los indios negros, cuya fisonomía es caucásica en todas sus líneas.

Creemos interesante hacer notar que á esta clase de «hombres de hermosa forma,» valiéndonos de una expresión de Herder, que existen entre los africanos de piel oscura, pertenecen principalmente las tribus que, al Este, habitan los territorios de enfrente la Arabia, y las que, al Noroeste y al Oeste, pueblan las comarcas que se extienden hasta el Benué. Los nubios, los abisinios, los gallas y los somalís, los fellatas ó fultos, los mandingos, los hausas y otros figuran en este número. En algunos de ellos se descubre cierta influencia extranjera que es probable existió



Un nubio - De una fotografía

para todos, pues así la clase de su desviación como su difusión geográfica indican una mezcla de sangre más clara, asiático-occidental y relativamente norte-africana. Algunos antropólogos tan concienzudos como Quatrefages, hablan también de ciertos indicios de mezcla semítica en los cafres zulus que habitan más hacia el Sur.

Si antes de ocuparnos en las relaciones de los africanos con el exterior, echamos una ojeada sobre las lenguas africanas, nos encontramos, en oposición á la semejanza fundamental de aquéllas, familias de idiomas perfectamente distintos que, á primera vista, se separan profundamente unas de otras. En el Sud encontramos las lenguas bosquimanas y hotentotas, entre las cuales sólo puede notarse una afinidad remota, mucho más de lo que de pronto podría esperarse dada la gran semejanza corporal que entre ambos pueblos existe. Tenemos, luego, los idiomas bantús, más distintos todavía de los anteriores, que encontramos en el resto del África sud-ecuatorial y que especialmente legan hasta el corazón de esta parte de la tierra, más allá del Ecuador, en dirección al Norte. Estos idiomas bantús son, en juicio de muchos, los verdaderos y originarios

idiomas africanos. La mayoría de los negros del África norte-ecuatorial desde las costas occidentales hasta el Nilo, y especialmente los negros sudaneses, hablan idiomas de otra tribu, que Lepsius califica de lenguas negras mestizas. Por último, en los extremos septentrional y oriental del África, encontramos los idiomas hamíticos de las tribus egipcio-antiguas, libias y kuschíticas, — importados probablemente de Asia, — y los idiomas semíticos de los abisinios y de los árabes.

Uno de los principales objetos de la etnografía africana ha de ser investigar las antiguas afinidades de estos idiomas, que la mayoría de los filólogos han considerado hasta ahora como marcadamente distintos. Poco se ha hecho hasta el presente en este sentido; sin embargo, merece ser mencionada la entusiasta tentativa hecha por Lepsius para incluir el idioma hotentote entre las lenguas hamíticas y calificarlo de importado, junto con éstas, del Asia al África, y para considerar los idiomas bantús como derivados de lenguas primitivas de los aborígenes africanos, y los idiomas del Sudán, ó de los negros mestizos, como mezclados con elementos hamíticos ó bantús. La antigua afinidad que existió entre el hamítico del Norte de África y el del Sud

hubo de romperse con el nuevo avance de las tribus bantús, acorraladas primero por los inmigrantes, naciendo, en su consecuencia, al propio tiempo, el idioma mestizo de los negros norte-ecuatoriales. Sea cual fuere la manera por la cual aquel filólogo pudo llegar á esa hipótesis, que de un solo golpe convierte en comarca despejada y con anchos horizontes lo que antes había sido selva virgen, preciso es confesar que la ordenación en zonas de estas cuatro ramas principales de los idiomas africanos da á aquélla una justificación geográfica, siendo permitido pensar más ó menos decididamente en el autoctonismo del bantú. La lingüística por sí sola no puede resolver categóricamente tales cuestiones, y así lo ha manifestado con plausible franqueza Lepsius en la introducción de su *Gramática nubia*. «Los idiomas, dice en ella, no pueden ser separados de los pueblos que los hablan, pero es preciso sentar de antemano que los pueblos y los idiomas no se garantizan nunca ni en parte alguna según su origen y afinidad, como con harta frecuencia suele suponerse.» En efecto, sólo la filología puede explicarnos una fase de la historia de los pueblos africanos, más reciente y más superficial, pues la rápida difusión y la variabilidad de los idiomas no permiten un estudio profundo.

Menos variables que los idiomas son los rasgos corporales; por esto vamos á ocuparnos, aunque sea brevemente, en ellos.

Lo primero que sobre este particular notamos es de fundamental importancia: ninguna de las razas humanas que actualmente viven en África pertenece exclusivamente á esta parte de la tierra. En efecto, pueblos con todos los caracteres de los negros se encuentran en el continente y en las islas del Asia meridional, en Australia y en las islas occidentales de la Polinesia, en la llamada Melanesia. El que quiera una prueba de esta completa identidad, no tiene más que examinar los tipos de razas de estos territorios que más adelante reproduciremos por medio de grabados exactos, á cuya vista se encuentra perfectamente justificada la afirmación de un observador tan fidedigno como Finsch, de que es imposible encontrar una diferencia entre ciertos negros melanesios y africanos.

Los norte-africanos, que comunmente son incluidos en la raza caucásica ó mediterránea, aparecen también en el Asia occidental y en el Sud de Europa. La procedencia asiática de los egipcios ha sido sostenida por estudios formales; de la de los árabes y abisinios existen pruebas históricas, y algunos monumentos prehistóricos de las comarcas del Atlas parecen indicar antiguas relaciones étnicas entre el Norte de África y Europa. En la forma del cuerpo de los bereberes quieren los antropólogos ver el tipo «ligurio» del Sud de Europa, al cual pertenecen los diseminados rubios del Atlas.

Puede deducirse de todo esto que el origen de las poblaciones africanas no puede buscarse sin tener en consideración las partes del mundo vecinas, y que á la pregunta: ¿Tiene el África, entre sus poblaciones, autóctonos? se podrá contestar con menos seguridad cuando se hayan apreciado debidamente estos hechos de las afinidades étnicas que traspasan las fronteras africanas.

La contestación á esta pregunta dependerá de que concibamos á los negros de África como un solo todo, abarcando como á tal á los negros de Asia y de Australia, ó de que consideremos como raza especial á los amarillos y pequeños africanos del Sud y á los famosos pueblos enanos diseminados por el África central y quizás afines suyos. Estos, que por razón de sus rasgos diferenciales, — aunque

de escasa importancia, — no tienen igual entre los negros sud-asiáticos ni entre los negros australio-polinesios, podrían ser señalados como autóctonos, pero luego veremos que no está en manera alguna justificada una marcada separación entre ellos y los demás negros. Para la cuestión que nos ocupa es, pues, de suma importancia hacer notar que, desde el momento en que las diferencias que entre ambos existen no son profundas, no hay razón alguna para creer que una clase de negros es indígena en este país y que la otra se estableció en él por inmigración. No pudiendo de hecho demostrarse que haya autóctonos, ¿cabe encontrar en algunas tribus huellas de su presencia que se hayan conservado en la mezcla con los inmigrantes? ¿no son los bosquimanos y los «enanos» los mejores objetivos para una investigación de esta clase? El estudio aislado de estos pueblos nos demostrará que lo que les distingue de los negros no es, en manera alguna, de capital importancia. Todos los demás rasgos corresponden al tipo negro, en el cual aparecen también matices más claros. Puesto que respecto de sus idiomas nada puede afirmarse con seguridad absoluta, y puesto que sus costumbres, sus utensilios, etc., no ofrecen alguna particularidad notable, puede afirmarse que no existe razón ninguna para presentar á estos pueblos como incondicionalmente distintos de los negros.

Ya que la antropología no nos ofrece apoyo alguno para contestar la pregunta relativa al origen de los negros, veamos lo que dice la geografía. Considerada desde el punto de vista antropológico, aparece el África como una península del Asia, en la cual se han conservado algunas especies y formas de la creación especiales por su estado de atraso. Su aislamiento, aunque de escasa importancia, respecto del Norte, gracias al desierto, aislamiento que hubo de subsistir mientras no llegaron á las costas de África mejores navegantes de lo que aun hoy en día son los africanos, hubo de hacer que hasta este momento, relativamente reciente, la población de África emprendiera un rodeo por la Arabia y se pusiera de esta suerte en contacto con los asiáticos, los cuales se desenvolvían en condiciones externas muy distintas dentro de aquella parte de la tierra, más pequeña pero más variada, que se extendía hacia el Norte y hacia el Este. Aun cuando el Asia misma y la Australia junto con la Polinesia, sólo ofrecen pequeños restos de una población muy parecida á la africana, esta no es una razón poderosa que pueda oponerse á la procedencia asiática. Los hombres de color amarillo y blanco que desde el Norte dejaron sentir su empuje, pudieron acorralar á los negros de Asia y de Australia en el último rincón, al paso que los negros de África, resguardados de todo ataque por el Norte, pudieron conservar una mayor extensión de tierra, abarcando casi todo el continente, lo cual no es óbice á que en algún punto determinado aparecieran antes en mayor número que ahora: por el contrario, la diseminación de los pueblos negros al Este del África es casi una prueba segura de que en otro tiempo se hallaban mucho más extendidos que en la actualidad. Y como los datos históricos demuestran que á menudo algunas oleadas procedentes del Asia — entre ellas varias tan importantes como la árabe — llegaron al África, al paso que lo contrario probablemente no sucedió, puede por analogía afirmarse la inmigración oriental de los negros. Si suponemos el caso de que alguna de estas inmigraciones encontrara habitantes en los países invadidos, ¿no debió la población indígena de esta parte del mundo peninsular sufrir la suerte de que los inmigrantes de la región asiática — que en extensión viene inmediatamente después de ella — se dirigieran á sus costas

y se vieran obligados, por su escaso número, á confundirse con los primitivos habitantes, á pesar de dominarlos; de que gracias á ello nacieran razas mestizas que se sobrepusieran á las indígenas; y de que este proceso se repitiese varias veces y las oleadas de pueblos procedentes del Este avanzaran hasta el interior de esa parte de la tierra y acabaran por unificar toda la población? Y para que no se diga que tales emigraciones son improbables, recuérdese que sólo por lo que toca á invasiones semíticas hallamos consignadas cuatro en la historia, á saber en Egipto (la de los hiksos), en Abisinia, y en el Norte y Este de África (las de los árabes).

Aceptando esta hipótesis, hemos de ver en los nubios y en los gallas uno de los extremos de una serie gradual de mezclas, cuyo otro extremo constituyen los bosquimanos: éstos corresponden á un grado más bajo de mezcla, en la cual se encuentran todavía, aunque variados, marcados elementos de anteriores habitantes, al paso que aquéllos se nos presentan como el tipo más asiático y más exento de los antiguos elementos africanos (véase el grabado de la pág. 69). El hecho de que el Sud y el Oeste de esta parte del mundo pertenecen á las tribus más genuinamente negras, al paso que las del Norte y las del Oeste acusan indudables afinidades con el Asia, viene también en apoyo de nuestra opinión, pues estos últimos están más cerca de la fuente de todas estas variaciones derivadas de las mezclas. Dentro de estas suposiciones, los africanos no han de diferenciarse corporalmente mucho de los inmigrantes, pues de lo contrario encontraríamos diferencias más marcadas entre los negros africanos y los asiático-australianos. Por lo que hace á la maceración ó disolución de un pueblo, tal cual nosotros suponemos, podemos hacer observar lo siguiente. Los inmigrantes trajeron consigo la agricultura y la ganadería, pero sus antecesores sólo fueron probablemente cazadores, como los bosquimanos, y por lo tanto el número de ellos hubo de ser reducido, pues un pueblo cazador necesita mayor espacio que un pueblo agrícola ó ganadero. Ahora bien, si un continente poco poblado se ve colonizado por una raza determinada ó principalmente por un pueblo que tiene medios para aumentar con rapidez, ¿no debe crecer en él inmediatamente un pueblo unitario, que por esta misma condición ha de adquirir un elemento de fuerza y de superioridad sobre los antiguos habitantes primitivos sedentarios?

Así como la filología ni apoya ni contraría nuestra opinión sobre la procedencia asiática de los negros, una ojeada general sobre el desarrollo de las conquistas de la civilización de éstos nos lleva á un punto en que aquella opinión se halla reforzada por poderosas razones. Algunos importantes animales domésticos y plantas de cultivo de África son, como hemos visto, de origen genuinamente asiático, siendo por lo menos probable que asimismo lo sea el de algunos otros. En ciertas conquistas de la civilización de los negros llama la atención su semejanza con las equivalentes de los negros asiático-australianos. La maza, la lanza, el arco y la flecha son armas á unos y á otros comunes; ambos ejercen también el arte de la cinceladura y el de la alfarería. Algunos instrumentos, como por ejemplo los tambores con pieles tirantes y sujetas por medio de cuerdas, revisten en Hawai las mismas formas que en África. Y aun cuando el hecho de que los africanos poseen el hierro pudiera parecer una contradicción de nuestro aserto, diremos que la investigación moderna comprueba cada vez más la existencia de un antiguo período de piedra en toda el África, es decir, el estado en el cual la mayoría de los negros asiático-australianos se encontraba, cuando por primera vez

se pusieron en contacto con los europeos. Por esto, la manipulación del hierro presenta, entre los africanos, un carácter uniforme, á pesar de haber en ella progresado hasta alcanzar un grado importante de habilidad, lo cual indica la derivación de un solo origen. Si se tiene en cuenta que las tribus más apartadas del Norte y del Oeste, es decir los bosquimanos (y quizás primitivamente también una parte de los hotentotes), son las que menos familiarizadas están con estas riquezas de la civilización, ocurre desde luego pensar que, al igual que otros muchos conocimientos, el del hierro se extendió desde Egipto y desde el Asia occidental por el resto de la región africana; de la misma manera que al contacto en que ésta estuvo durante miles de años con las civilizaciones egipcia y asiático-occidental puede atribuirse en gran parte la superioridad que en algunas artes acusan los africanos. Aun en los detalles de las formas de los útiles, de los instrumentos de música y de otros objetos, vemos reproducidos los modelos egipcios en las tribus más meridionales del África, como lo veremos más adelante cuando hablemos, por ejemplo, de los ovambos (por no hablar de los mombutús y de otros).

Las funciones imaginativas de los negros africanos ofrecen también á menudo íntima analogía con las de los australiano-asiáticos. Bleek ha llamado la atención sobre una porción de concordancias entre las leyendas astronómicas de los bosquimanos y las de los sud-australianos. Lo más sorprendente sin duda es que estos pueblos, considerados en general como los de civilización más atrasada, poseen una riqueza extraordinaria de leyendas y poesías sobre una porción de cuerpos celestes, en las cuales aparecen evidentes analogías. Los australianos dicen que el sol es un huevo de Emu lanzado á los espacios celestes por los hombres primitivos, y los bosquimanos creen también que es un hombre arrojado por los hombres antiguos al cielo; según estos últimos, la luna nació de un lenguado cubierto de polvo rojo que dichos primeros hombres arrojaron al cielo. La Vía láctea, al decir de los indígenas de Victoria, es producto del humo del fuego de aquellos hombres, y en sentir de los bosquimanos, de las cenizas por ellos arrojadas al cielo; los primeros llaman á Júpiter «pie del día», los segundos le denominan «corazón del día». Ambos ponen á una estrella brillante (aquéllos Areturus y éstos Kanopus) en relación con alimentos silvestres — como por ejemplo los huevos de hormiga — que aquélla les ayuda á descubrir. En las nubes magallánicas ven aquéllos un par de pájaros y éstos un par de revezos. Peschel ha hecho notar la analogía que en punto á notables leyendas sobre la muerte existen entre los sud-africanos y los fidschianos: éstos suponen que dos dioses, la luna y el ratón, disputan sobre si el hombre ha de ser mortal como la luna, es decir que muera y vuelva á nacer, ó como el ratón, es decir pereciendo y no recobrando nueva vida, y que habiendo vencido el ratón, los hombres son ahora mortales. Entre los hotentotes, la luna hace decir al hombre por conducto de sus mensajeros, las liebres, que morirán y volverán á nacer como ella; pero la liebre equivocó el encargo y lo dió al revés, por lo cual la luna le pegó con un palo, que le partió el labio superior. Esta leyenda la encontramos, con algunas variantes, entre otros pueblos sud-africanos.

Los basutos, por ejemplo, dicen que el lagarto fué el portador del verdadero recado, pero que el camaleón, portador del falso, se adelantó á él, y llegando antes, fué creído por los hombres. Es imposible que todas estas analogías sean debidas á la casualidad.

Hay, pues, que tener siempre á la vista la posibilidad de que procedan de un mismo origen, quizás igualmente dis-